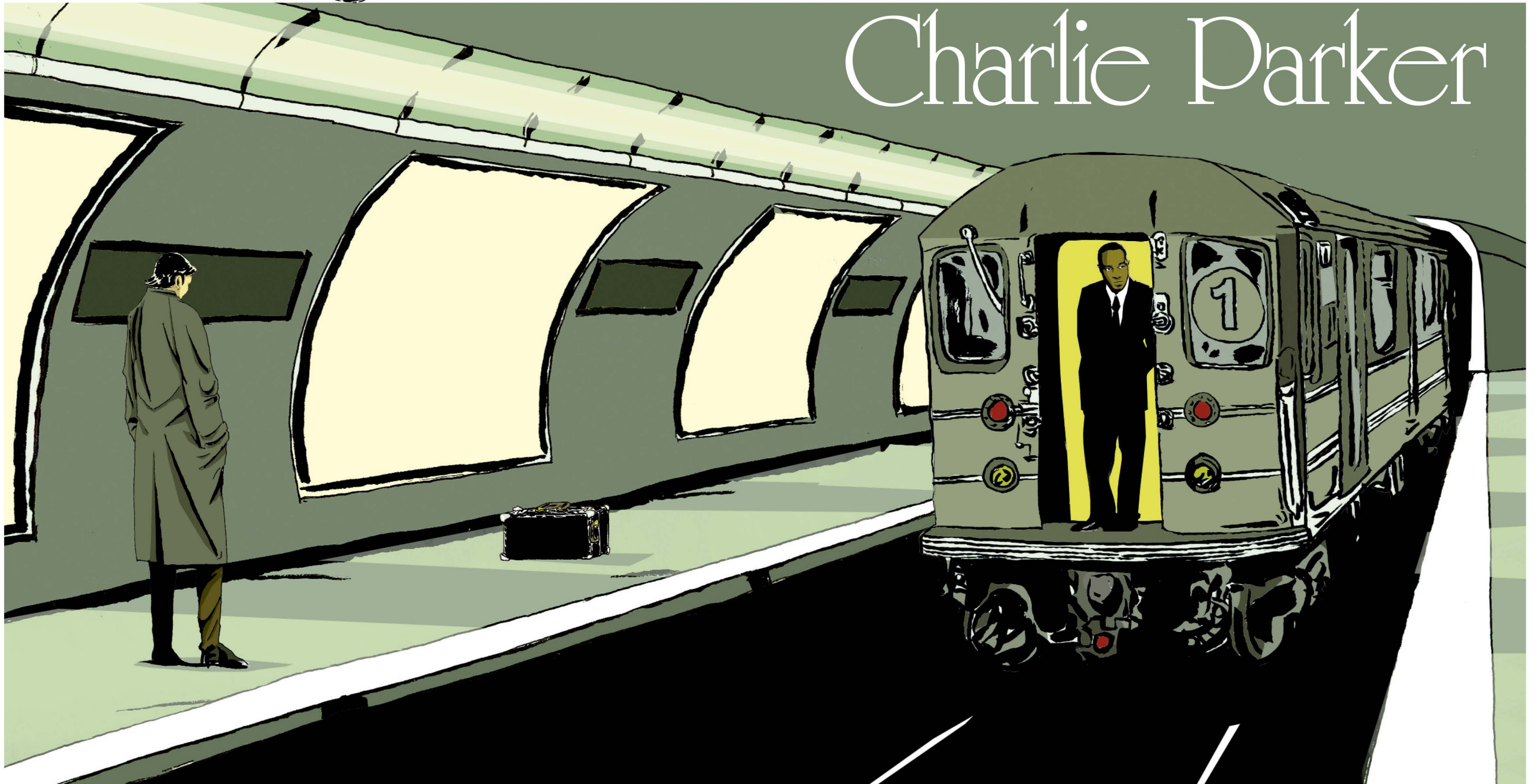


En 2009 se han cumplido 25 años de la muerte de Julio Cortázar, y 50 de la publicación de *El perseguidor*, su estremecedor relato inspirado en la figura de Charlie Parker. El genio de la

música y el genio de la literatura se unen en este texto que representa una de las más genuinas versiones del arte del siglo XX, de la mano de dos creadores que se adelantaron a su tiempo.

De cuando Cortázar le puso

letra a la música de Charlie Parker



Los dioses tocaban jazz desde tiempo inmemorial. Al principio lo hacían con liras y con flautas, como nos cuenta Julio Cortázar en *El perseguidor*; hasta que llegó Johnny Carter, es decir, Charlie Parker, y renovó por completo el panorama del Olimpo musical. Un dios negro destruido por su propia mitología: “Nadie sabe ya cuántos instrumentos lleva perdidos, empuñados o rotos. Y en todos ellos tocaba como yo creo que solamente un dios puede tocar un saxo alto...”. Cortázar *dixit*.

Julio Cortázar no lo cuenta en *El perseguidor*, uno de los relatos más célebres de la literatura contemporánea, pero Nat Hentoff sí lo hace en su libro *Jazz*. El episodio en el que Charlie Parker le pide a su protegido, Jackie McLean, en una calle del Greenwich Village: “Quiero que me des una patada en el culo por haberme puesto yo mismo en esta situación”. La droga, el alcohol y los excesos terminaron, el 12 de marzo de 1955, con la vida del más célebre saxo alto de todos los tiempos. Murió mientras veía en la televisión uno de sus programas favoritos. El médico certificó que tenía, por su apariencia, “entre cincuenta y sesenta años”; sin embargo, acababa de cumplir los 34. “Todos sus apetitos –escribe Cortázar– eran desmesurados”. Su música también.

Ni siquiera la lectura machacona e insistente de los poemas de Dylan Thomas, el autor de cabecera de Johnny Carter, logró salvar la vida del creador del bebop. Escribe Dylan Thomas:

*En mi oficio o mi arte sombrío
ejercido en la noche silenciosa
cuando sólo la luna se enfurece
y los amantes yacen en el lecho
con todas sus tristezas en los brazos,
junto a la luz que canta yo trabajo
no por ambición ni por el pan
ni por ostentación ni por el tráfico de
encantos
en escenarios de marfil,
sino por ese mínimo salario
de sus más escondidos
corazones.*

Y diríase que se trata de la transcripción poética de un solo de Charlie Parker, acompañado, por ejemplo, por Max Roach a la batería, Hank Jones al piano y Ray Brown al contrabajo... Y lo más curioso del caso es que, al contrario de lo que sucede en *El perseguidor*, donde Bruno (auténtico

alter ego de Cortázar) es nada menos que el biógrafo del protagonista, y por lo tanto una de las personas más cercanas a él y un amigo de su máxima confianza, en la vida real el autor de *Rayuela* nunca llegó a conocer a Charlie Parker. “No –dice Cortázar en una entrevista–, yo no lo conocí personalmente, aunque sí estéticamente, porque me tocó vivir en el momento en que Charlie Parker renovó completamente la estética del jazz”. El relato se publicaría cuatro años después de la muerte del músico.

Como si se tratara, asimismo, de un cuento, resulta que Cortázar llevaba “persiguiendo” desde hacía años, para protagonizar uno de sus relatos, a un personaje en el que pudiera volcar algunas de sus grandes intuiciones sobre el arte, sobre el tiempo y sobre la vida; inicialmente pensó en un escritor, después en un pintor, hasta que cayó en sus manos una extensa necrológica sobre la muerte del jazzista que le hizo ver las cosas con absoluta claridad... Los detalles sobre la vida de Charlie Parker, su lucha contra las drogas, sus estados transitorios de locura, los momentos irrepetibles que recordaban quienes habían tenido el privilegio de tocar a su lado..., le impresionaron vivamente. Los primeros veinte folios, que se corresponden con toda la primera secuencia del relato, como contaría después él mismo, los escupió de un tirón, en una noche de delirio literario y musical; pero las circunstancias de la vida, en esta ocasión en forma de traslado temporal a Ginebra, le obligaron a abandonar momentáneamente la empresa. Tres meses después, cuando ya lo había olvidado, aquel primer manuscrito “apareció” entre los fondos de una maleta, y Cortázar, seducido de nuevo, reemprendió la escritura con el mismo frenesí con que la había iniciado, hasta terminar de un segundo impulso esta historia a medio camino entre el relato largo y la novela corta. “Tíralo –le diría después, ya en

Buenos Aires, un amigo de su máxima confianza literaria–. Es demasiado largo. No tiene sentido”. Menos mal que no le hizo caso.

Después se supo que Juan Carlos Onetti, según contó su mujer, Dolly Muhr, años más tarde, rompió de un puñetazo el espejo de su cuarto de baño nada más terminar de leer *El perseguidor*.

Los años gloriosos del jazz, con personajes como Charlie Parker, Bud Powell, Dizzy Gillespie o Miles Davis a la cabeza, se plasman intensamente en las páginas de *El perseguidor*. “Éste no es el momento –escribe Bruno / Cortázar en el relato– de hacer crítica de jazz, y los interesados pueden leer



mi libro sobre Johnny y el nuevo estilo de la posguerra, pero bien puedo decir que el cuarenta y ocho (digamos hasta el cincuenta) fue como una explosión de la música, pero una explosión fría, silenciosa, una explosión en la que cada cosa quedó en su sitio y no hubo gritos ni escombros, pero la costura de la costumbre se rajó en millones de pedazos y hasta sus defensores (en las orquestas y en el público) hicieron una cuestión de amor propio de algo que ya no sentían como antes”.

¿Se puede contar mejor?

Una lección de jazz y, sobre todo, un vibrante mano a mano entre la música y la literatura; una legión musical de “ángeles enfermos” que tuvo su mejor reflejo en la escritura de autores como Boris Vian, como Jack Kerouac o como el propio Julio Cortázar, plenamente identificados con la estética de la música negra... Una música que dio sentido a todo el arte de su tiempo como quizás nunca antes lo había hecho ninguna otra estética musical. Hay en *El perseguidor*, además de un relato conmovedor, emotivo e inteligentísimo, todo un tratado sobre la música. Sobre la música de verdad. Ésa que sólo podía sentir Johnny Carter / Charlie Parker cuando se descalzaba para sentir la tierra madre debajo de los pies. “Este jazz –apunta de nuevo el escritor– desecha todo erotismo fácil, todo wagnerianismo por decirlo así, para situarse en un plano aparentemente desasido donde la música queda en absoluta libertad”. Música libre. Música telúrica. Música en cierta manera “metafísica”, porque “ir a un encuentro no puede ser nunca escapar”. Así fue el arte de Charlie Parker, y así también el arte de Julio Cortázar: nunca en busca de la evasión, sino de la introspección, del enraizamiento profundo, aunque los caminos hacia el interior puedan resultar a veces los más dolorosos y los más abstractos.

“Dan ganas de decir enseguida que Johnny es como un ángel entre los hombres, hasta que una elemental honradez obliga a tragarse la frase, a darle bonitamente vuelta, y a reconocer que quizá lo que pasa es que Johnny es un hombre entre los ángeles, una realidad entre las irrealidades que somos todos nosotros”.

Hay también en *El perseguidor*, además de una profunda reflexión sobre el ser humano, sobre su verdad más íntima, sobre sus cimas y sus miserias, una consideración constante sobre la verdadera textura del genio. Frente a los Picasso, Einstein, Chaplin o Stravinsky, citados por este orden en el texto de Cortázar, “Johnny no es un genio, no ha descubierto



nada, hace jazz como varios miles de negros y de blancos, y aunque lo hace mejor que todos ellos, hay que reconocer que eso depende un poco de los gustos del público, de las modas, del tiempo, en suma”. A pesar de ello, en su relato este ángel oscuro, esta montaña jazzística que se derrumba definitivamente cuando recibe la noticia de la muerte de su hija pequeña (“ella era como una piedrecita blanca en mi mano”, balbucea Johnny), resulta ser el único ser humano capaz de

formular, con sus toscas palabras de visionario, la teoría más completa sobre la elasticidad del tiempo que se conoce

hasta la fecha.

El tiempo, como una maleta donde un día caben dos trajes y dos pares de zapatos y al día siguiente cabe una tienda entera, “cientos y cientos de trajes”. El tiempo definitivamente abolido en el tránsito del tren subterráneo entre una estación y la siguiente (“¿Cómo se puede pensar un cuarto de hora en un minuto y medio?”). El tiempo también como sustancia esencial de la música (“La música me sacaba del tiempo, aunque no es más que una manera de decirlo. Si quieres saber lo que realmente siento, yo creo que la música me metía en el tiempo”). El tiempo como metáfora mayor de la vida (“Viajar en el metro es como estar metido en un reloj”).

“Esto lo estoy tocando mañana”. Bastarían estas cinco palabras para resumir el espíritu innovador, profundamente revolucionario, de la música de Charlie Parker. Pero lo más impresionante de todo es que Julio Cortázar, recreando su personaje para la historia de la literatura, también lo estaba escribiendo “mañana”, es decir, hoy mismo. Sólo hay que volverlo a leer, o mejor dicho, a escuchar, cincuenta años después, cuando Parker se ha puesto cómodo y se ha descalzado ya definitivamente en el Olimpo de los dioses negros, cuando su saxo áspero, profundo, sobrehumano, resuena permanentemente en nuestras cabezas como una de las más genuinas expresiones del siglo XX. ¿O quizá del XXI?

Carlos Aganzo (Madrid, 1963) ha trabajado como periodista en el diario *Ya*, del que fue subdirector, y ha sido director de la revista cinematográfica *Interfilms* y de los rotativos *La Voz de Huelva* y *Diario de Ávila*. Crítico literario y cronista de jazz en diferentes medios, como escritor es autor de los poemarios *Ese lado violeta de las cosas*, *Manantiales*, *La hora de los juncos*, *Caídos Ángeles* y *Como si yo existiera*, así como del ensayo biográfico *Jorge Pardo; Improvisaciones* y de las guías de varias ciudades españolas para la serie *Ciudades con Encanto*, de El País-Aguilar.